

Grupo temático: 10. Identidades, cultura y formas de conciencia en el trabajo

La formación del sindicalismo participacionista en Argentina, 1966-1970.

Darío Dawyd

Escuela de Política y Gobierno, Universidad Nacional de San Martín. Paraná 145, CABA.
dawydario@hotmail.com

El sindicalismo que se conoce como participacionista, aquel que adhirió al llamado a la participación del gobierno de Onganía, fue una escisión del vandomismo. La importancia de este grupo de sindicalistas estuvo dada porque representó la primera oportunidad en que un sector del peronismo se decidió a abandonar abiertamente una premisa básica posterior a 1955 (la vuelta de Perón al gobierno) en pos de la participación en un gobierno que reconociera a los sindicatos (y los favoreciera) y les permitiera colaborar con él, junto a otras corporaciones, sin importar el origen de ese gobierno, ni su programa económico. La aclaración es válida en tanto el último punto los diferenciaba del vandomismo, que también entendía que los sindicatos debían institucionalizarse (no como grupo de presión, sino como “factor de poder”) pero no acercándose a cualquier gobierno, sino a uno que impulse el desarrollo económico nacional. El sector de los “duros” del peronismo, en tanto, no postulaba el acercamiento con ningún gobierno ilegítimo y continuaba con su propuesta de elecciones realmente libres (que implicaban la participación de Perón) y un programa económico nacional¹.

Acerca de la participación existen varios puntos de vista. En primer lugar puede referir a “formas de participación de la clase obrera en un movimiento nacional popular”, es decir, la vinculación entre clase obrera y partidos o movimientos políticos². Por ello, el debate en torno

¹ Estas diferencias pueden encontrarse en la revista *Confirmado*, 2 de febrero de 1967. Entre otras aclaraciones, cabe consignar que el hecho de que el vandomismo estuviera a favor de la institucionalización en gobiernos ilegítimos (en febrero de 1967) responde a que su estrategia electoral (victoriosa en las elecciones que disputó entre 1962 hasta la de Jujuy en enero de 1966) había sido truncada en parte por Perón (en Mendoza, marzo de 1966) y en parte por militares temerosos de su triunfo en las elecciones de 1967.

² Murmis y Portantiero (2006: 179). En esta obra los autores identificaron tres formas en que los obreros industriales “participaron” en el surgimiento del peronismo, según su experiencia sindical previa (con acuerdos entre el sindicato y la elite política, como adherentes a un movimiento político con poca mediación sindical, y como adherentes directos a las decisiones de los políticos sin mediación del sindicato). De esta manera introdujeron el debate acerca de la heteronomía o autonomía obrera en un movimiento populista, en función de las experiencias (exitosas o no) de lucha obrera a través del sindicato. Este debate pretendía dejar de lado las

a la participación no data de la década del sesenta. Refiere de manera general a la toma de posición del movimiento obrero respecto de cualquier gobierno. De esta manera los primeros participacionistas habrían sido los mismos obreros que se acercaron al gobierno militar de la década del cuarenta³. Asimismo, para muchos, la existencia de la tendencia participacionista en el movimiento obrero argentino y en el peronismo data de los primeros años de la proscripción⁴.

Sin embargo, hay varios elementos que diferencian entre los participacionistas de finales de la década del sesenta con los anteriores: la identidad peronista, las experiencias de proscripción, represión y diez años de relaciones cambiantes con diferentes gobiernos, y finalmente, la novedad de un gobierno militar que los llamó a participar al tiempo que aplicaba políticas liberales en economía (y era el mismo gobierno que había terminado la indefinición política que durante 1955-1966 permitió que muchos sindicalistas desarrollaran sus dotes negociadoras). En última instancia, los mismos participacionistas del sesenta consagraron su novedad al autotitularse “Nueva Corriente de Opinión” a comienzos de 1969, después de haber llevado sobre sí las más variadas denominaciones: ex vanderistas, vanderistas blandos,

distinciones entre obreros viejos y nuevos y la existencia de una “masa en disponibilidad” que apoyó el liderazgo carismático de Perón, que había desarrollado Gino Germani.

³ Y aquel gobierno los recibió con los brazos abiertos. En el *Manual de Doctrina Nacional* hay un recorrido por las experiencias sindicales anteriores al peronismo detallando que ninguna consiguió nada por primar más los apetitos personales que la unidad sindical, lo cual sumado a que el Estado prestó nula atención a los obreros, llevó a la completa desorganización que reinó hasta el 4 de junio de 1943. Desde esa fecha, con el efectivo funcionamiento de la Dirección Nacional de Trabajo (posteriormente Secretaría) y la sanción de la ley de Asociaciones Profesionales, el Estado mismo consagró la unidad del movimiento obrero. El sindicato pasó a estar legalizado y ser elemento para bien de la sociedad porque “El justicialismo, comprendiendo hasta qué punto el sentido sindical domina en el mundo al sentido político, ha dado a los sindicatos gremiales el carácter de asociaciones naturales para los trabajadores, así como las familias son las asociaciones naturales por excelencia para los hombres. De ahí resulta que las organizaciones obreras puedan realizar eficiente obras en beneficio de la colectividad, en condiciones más ventajosas de lo que pudieron hacerlo las asociaciones ocasionales de los partidos políticos, pues aquellas están más cerca de las realidades económicas y sociales del pueblo”, Perón (1974: 151-152). La relación de los participacionistas del sesenta con los del cuarenta puede encontrarse en una sección de Primera Plana donde Jordán de la Cazuela afirmó “-... ¿ese sistema es el salomónico, yo les hablo del de participar! Cuando les propuse el quince, ustedes debieron regatear, luego aceptar; a su vez, nosotros les hacemos una concesioncita (dijo el alcalde Fogonazo). - ¡Pero, si había sido fácil! Usted habla del sistema que teníamos hasta 1955: el de decir sí. Pues bien, sí y sí... Ahora la parte de Usted: vaya y dígame al comisario que nos permita abrir la unidad básica” (*Primera Plana*, N° 254, 7 de noviembre de 1967, p. 16).

⁴ Cavarozzi (1984: 140-146) y McGuire (2004: 173-175) señalan la presencia de una tercera tendencia (integracionista) ya desde fines de los cincuenta aunque (salvo casos puntuales) aún no se diferenciaba como tendencia y formaba parte de los negociadores o blandos.

vandoristas en las sombras, vandorismo o sus adyacencias, peronismo oficialista, línea acuerdista, peronismo que pacta, colaboracionismo⁵.

En el presente trabajo se indagan las visiones antagónicas en el peronismo acerca de la relación entre los sindicatos y el Estado (y partidos políticos) en los años sesenta. Ello se hará enmarcado en pujas que esas mismas posiciones mantenían entre sí por la definición de lo “verdaderamente” peronista y su lugar como legítimos representantes de aquél movimiento. La mirada sobre aquella disputa será a partir de la tendencia sindical participacionista. Entendemos que podemos aportar a la reconstrucción de la experiencia de una tendencia de gran gravitación y escasa atención, cuya estrategia de vinculación al Estado desbordó al peronismo y atravesó nucleamientos de otras tendencias y que solo en el contexto del comienzo de su declive pudo obtener su único logro para los trabajadores (la ley de Obras Sociales).

El acercamiento al participacionismo intentará dar cuenta de las acciones que, en el nuevo contexto posterior al golpe de 1966, un sector importante del sindicalismo vandorista emprendió para dar forma a una nueva identidad sindical, estrechamente vinculada al gobierno militar y que atravesara a todas las identidades sindicales existentes. Para ello se buscará complementar las descripciones más usuales (dadas en la mayor parte de la bibliografía)⁶ con una visión dinámica de su conformación a partir de 1966, para la recuperación de una experiencia sindical a partir de la cual pensar en las transformaciones identitarias en el mundo del trabajo, como uno de los aportes del presente trabajo. El período elegido fue desde el golpe de junio de 1966 a enero de 1969, en que los participacionistas conformaron el nucleamiento Nueva Corriente de Opinión, aunque en las conclusiones se aborda el impacto del Cordobazo y los procesos que le siguieron. Para realizar el presente trabajo fueron consultados, además de la bibliografía específica, diarios y revistas de interés general que permitieron la reconstrucción de la formación de la tendencia indagada.

⁵ Estas denominaciones figuran en los diversos medios periodísticos consultados en el período 1966-1973.

⁶ Cabe citar en este sentido las obras de Rotondaro (1971), Senén González (1971 y 1974), Zorrilla (1974 y 1988) y Godio (2000)

1966

El golpe de estado del 28 de junio de 1966 cambió el escenario político argentino y las reglas que, aunque inestables, habían intentado regularlo desde 1955. A partir de la asunción de Onganía, a algunos sindicalistas (y otros tantos militantes, generalmente las juventudes peronistas y de izquierda) se les hizo evidente que el sistema político había desnudado su autoritarismo, y con ello la resolución violenta del mismo encontraba un mejor contexto para desarrollarse. Otros (sindicalistas del sector “Independiente”, muchos de ellos radicales y socialistas) pensaron que la lucha debía encaminarse en pos de la restauración del régimen democrático y otros (peronistas duros) creyeron que no había que restaurar aquél que consagró a Illía sino uno que realmente permitiera la expresión popular a través del voto sin proscripciones. Ninguno de estos actores modificaron en grande sus aspiraciones políticas, sino más bien, las adaptaron al nuevo contexto. El cambio se produjo al interior de otro grupo que recibió al golpe con inocultables simpatías.

El vanderismo (las 62 Organizaciones Leales a Perón, con gran presencia el día de asunción de Onganía) no propició ninguna de aquellas tres opciones opositoras al nuevo gobierno, sino más bien ensayó una nueva: oír los llamados gubernamentales a la participación y tender puentes en ese sentido⁷. Es conocida la euforia sindical por el golpe contra Illía. Un comunicado de la CGT y adhesiones de sindicatos particulares al mismo lo confirman⁸.

⁷ José Alonso, distanciado del vanderismo desde que a comienzos de 1966 encabezó las 62 Organizaciones de Pie junto a Perón, estuvo durante los primeros meses más cercano al nuevo gobierno a través del equipo nacionalista que ocupaba la cartera de Economía. El “alonsismo” dirigía por entonces a las 62 de Pie, pero en la misma debían convivir con el sector combativo del peronismo que dentro de ella era comandado por Amado Olmos. Este sector combativo, a diferencia de Alonso (quien se terminaría yendo de las 62 de Pie y aparecería como vocal de la CGT vanderista en 1968, para después pasar definitivamente al participacionismo) no estuvo a favor del golpe ni del nuevo gobierno.

⁸ La declaración de la CGT hacía referencia al régimen depuesto que había llevado a un “estado caótico en lo social, político y económico” y ante el “movimiento militar que el 27 de junio tomó el poder” y que “constituye un hecho nuevo” e “históricamente asume una gran responsabilidad” demandaban que reconstruyeran la unidad nacional y el pleno empleo, tareas para las cuales la CGT “no puede constreñirse al papel de mera espectadora” y “demanda la participación que el corresponde en un verdadero proceso de progreso argentino” (*Clarín*, 30 de junio de 1966, p. 9). Entidades sindicales y sindicatos apoyando este documento de la CGT en *Clarín*, 1 de julio de 1966, p. 11.

Francisco Prado (Luz y Fuerza), Secretario General de la CGT, afirmó que venían esperando un gobierno los interprete, ya que ellos tenían “ansias de colaborar”⁹.

Los dirigentes sindicales, ante la intervención e ilegalización de los partidos políticos y el cierre del Congreso Nacional, creían que no podrían hacerlo con la CGT; a esta, el gobierno envió veedores para corroborar los números de afiliados con vistas al futuro Congreso Normalizador. Esos mismos dirigentes se mostraron conformes de que se terminara el gobierno de partidos y se lo reemplazara por “una administración compartida entre las fuerzas reales (obreros, empresarios, técnicos y militares) en un sistema de equilibrio”; si el plan se truncaba y el gobierno no consideraba a los sindicatos como aliados, ellos harían una alianza con otro sector de las FFAA y pasarían a la oposición¹⁰.

Esta euforia inicial, que se correspondía con el “desensillar hasta que aclare” decretado por Perón, chocó pronto con medidas que mostraron rápidamente que los términos del acercamiento de los sindicatos al gobierno no iban a estar exentos de conflictos. Al primer descontento producido por las declaraciones del nuevo embajador en Estados Unidos, Álvaro Alsogaray, emparentando al peronismo con el nazismo y el fascismo, le siguió la presión que puso Vandor en el nuevo convenio metalúrgico¹¹ y las protestas del vandorista Elpidio Torres del SMATA cordobés contra despidos en la Kaiser¹². La primera medida oficial contra los

⁹ *Primera Plana*, N° 184, 5 de julio de 1966, p. 15 y *Clarín*, 30 de junio de 1966, p. 9.

¹⁰ *Primera Plana*, N° 184, 5 de julio de 1966, p. 15. Esas fueron las especulaciones del vandorismo durante las primeras semanas en que la Revolución Argentina no mostró cuál camino iría a seguir.

¹¹ Vandor aseguró que no firmaría por menos del 40%, cuando los empresarios solo ofrecían 25%, y finalmente por intervención del ministro de economía, Salimei, se firmó en 30% con Vandor acorbatado en la Casa Rosada.

¹² Además de estas medidas y si bien el gobierno no había definido su rumbo económico en estos primeros meses, sí en cambio su política cultural y educativa. El clima era definitivamente otro. Las nuevas autoridades de la municipalidad porteña eran sindicadas como responsables del fin de la noche porteña y el comienzo de medidas represivas de la cotidianidad (ver *Primera Plana*, N° 189, 9 de agosto 66, p. 15-19). También la condena al editor Jorge Álvarez por la publicación del libro *Crónicas del Sexo* (*Primera Plana*, N° 210, p. 5). El gobierno debió enfrentar críticas por la represión a la Universidad, entre ellas de medios estadounidenses porque en la represión durante los bastones largos, se agredió a un profesor de ese país, situación que creó tensión en la relación entre ambos países durante 10 días. La persecución en ámbitos y usos cotidianos, como el acoso policial a quienes usaban pelo largo, minifaldas, así como la censura y persecución contra artistas e intelectuales, desató una especie de “guerra santa” de persecución al que no encajaba en el argentino modelo, una guerra en “la que se destacan los aspectos salientes del microfascismo argentino, el delineamiento de una deshumanización, de la identificación de aquellos elementos sociales que han perdido la categoría de persona y que deben ser eliminados para construir la Ciudad Católica” (Abraham, Tomás, *Historias de la Argentina deseada*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, p. 46)

sindicatos no llegaría, sin embargo, sino con la sanción de la ley 16936 de arbitraje obligatorio, según la cual ante conflictos laborales se debía aceptar el fallo del gobierno, atentando contra los derechos de huelga (Ducatenzeiler, 1980: 187-8) y las convenciones colectivas de trabajo.

La normalización de la CGT

La división entre peronistas que despuntó durante buena parte de 1965 y se concretó con la división de las 62 Organizaciones a comienzos de 1966, había llegado también al seno de la CGT. José Alonso, Secretario General, había sido removido por presión del vandorismo, y la central pasó provisoriamente a manos de Donaires, reemplazado por Prado el 20 de mayo de 1966. Desde aquella fecha la CGT estaba, una vez más, en crisis. Para lograr que volviera a reunir a las tendencias sindicales del país, se realizaría el Congreso Normalizador de la CGT, en torno del cual comenzaron a delinearse los agrupamientos sindicales a partir de diferentes posiciones adoptadas frente al nuevo gobierno. También comenzaron a delinearse las posiciones de miembros del gobierno: desde la intervención a la CGT, a voces que hacían un llamado a los sindicalistas a participar para formar una CGT adicta¹³.

Sin embargo, estos no eran los únicos actores en torno de la CGT. Perón ensilló y declaró que “El que tenga que dirigir a la CGT hará lo que quiera el Gobierno, y las masas lo cuelgan, o hará lo que quieran las masas, y en ese caso lo cuelga el Gobierno”¹⁴: poco después afirmó que la CGT debía ser peronista: “Con una central obrera en nuestro poder, la dictadura está frita. Entonces, por ahora, no hay otra disyuntiva que la central obrera peronista, o no debe haber central obrera posible”¹⁵. Las 62 de Pie repitieron esa postura y afirmaron que no irían al Congreso normalizador si no se alcanzaba dicho arreglo. Y no se alcanzó. El Congreso de la CGT realizado tras una postergación, el 22 de octubre de 1966, resultó notoriamente

¹³ El resultado de la indagación de los veedores que el gobierno había enviado a la CGT para depurar los padrones sindicales antes del Congreso de la CGT arrojó los siguientes números: Vandorismo, 220 delegados; Alonsismo, 165; Independientes, 155; No Alineados, 90; MUCS, 10 e Indefinidos, 60. El vandorismo no aceptó estos números de los veedores oficiales y afirmó tener quórum propio, aunque no presentó los informes acreditándolo (*Primera Plana*, N° 196, 27 de septiembre de 1966, p. 14).

¹⁴ *Primera Plana*, N° 195, 20 de septiembre de 1966, p. 18.

¹⁵ *Primera Plana*, N° 196, 27 de septiembre de 1966, p. 14.

vandorista. Participaron todos los núcleos salvo las 62 de Pie, que no estuvieron (por pedido de Perón de no convalidar a Vandor) pero que integraron la nueva CGT para oponerse al secretariado vandorista que resultó electo¹⁶.

Ante la disyuntiva planteada por Perón, Francisco Prado no dudó: que lo cuelguen las masas. En su discurso inaugural del miércoles 26 de octubre, el Secretario General de la CGT manifestó que “Después de muchos años las más altas autoridades nacionales vienen a la casa de los trabajadores. Nos volvemos a encontrar con el país del cual nunca quisimos apartarnos. Deseamos dialogar con el Gobierno con los empresarios, deseamos comprendernos para que el país funcione”. Se refería así a la presencia del nuevo Secretario de Trabajo, Rubens San Sebastián, quien se encargó de hacer llegar el saludo del “Excelentísimo Señor Presidente de la Nación a la clase trabajadora”¹⁷. Todo esto era llamativo para los opositores a Prado; estos señalaban que las nuevas autoridades celebraban con quienes intervinieron los gremios de Canillitas y Prensa, sancionaron la ley de arbitraje obligatorio que la misma CGT condenó (también bajo la dirección del mismo Prado), y dejaban morir la huelga de los portuarios que encabezaba Tolosa, a quien intervinieron el sindicato por protestar contra las modificaciones introducidas en el régimen de trabajo portuario¹⁸.

¹⁶ Los cargos se dividieron de la siguiente manera: los ocho del Secretariado Nacional para el vandorismo y los No Alineados (Francisco Prado, peronista que está en el grupo de los No Alineados, siguió como Secretario General), el MUCS, circunstancial aliado de Vandor quedó fuera por presión de los Independientes, quedando el Consejo Directivo formado por 5 Independientes, 5 No Alineados y 10 vandoristas. Del sector “No Alineados” se decía que había sido creado desde el vandorismo para restar peso a Independientes y 62 de Pie: “A instancias de Vandor –se supone- surgieron los no alineados como sector aparte: formaron allí, efectivamente, La Fraternidad, Unión Ferroviaria, los gráficos, los empleados del Ministerio de Educación, los empleados de Correos, el gremio de Obras Sanitarias, los fideeros, los camioneros, los marítimos y empleados de la Marina Mercante y los aeronáuticos” (*Primera Plana*, N° 200, 25 de octubre de 1966, p. 13).

¹⁷ *Primera Plana*, N° 201, 1° de noviembre de 1966, p. 18. Rubens San Sebastián había asumido como Secretario de Trabajo, en lugar de Tamborenea, para regocijo del vandorismo y para sufrimiento del alonsismo que perdía así un funcionario de confianza. Además de los recelos del alonsismo San Sebastián tendría que sobrellevar el descontento obrero por la aplicación pronta del nuevo régimen laboral para puertos, ferroviarios y estatales en general

¹⁸ Para Perón esta CGT no iba a durar. Al lado de Perón y Alonso, en las 62 de Pie, Amado Olmos iba más allá en sus razonamientos, y afirmaba que la CGT no puede decidir entre enfrentar o no al gobierno, porque de todas formas va a acatarlo ya que “el grupo dirigente de la CGT ha adoptado las formas de vida (automóvil, inversiones, casas, gustos) de la oligarquía a la que dicen combatir. Desde luego con una actitud de este tipo no pueden encabezar a la clase obrera; son figuras que ya no entusiasman, estrellas en declinación” y además el vandorismo tiene una brecha difícil de sortear (“su falta de ideología”) y se guía por el oportunismo que no sirve para “el avance total de la clase obrera”, como la aventura de las Malvinas (el aterrizaje del Grupo Cóndor, comandado por Dardo Cabo, hijo del vandorista Armando Cabo). De esta manera, según Olmos, solo algo

Racionalizaciones y primeros alineamientos sindicales

Desde la nueva CGT se esforzaban en afirmar que ellos no buscaban el apoyo del gobierno, sino el gobierno el de ellos; también afirmaron que harían lo posible para que este definiera su política, y si era contraria al pueblo, lucharían reuniendo a todo el pueblo en la CGT, contra el gobierno¹⁹. Sin embargo no se mostraban complacidos cuando, a su pesar, recibían propuestas como la de Antonio Scipione (miembro del nuevo Consejo Directivo) de tratar el tema de los portuarios y ferroviarios (y en el largo plazo de todos los gremios del Estado, que en algún momento se racionalizarían) llamando a un Comité Central Confederal (CCC), donde difícilmente pudiera escapársele al vandomismo una crítica al gobierno, dado que muchos sindicatos de las 62 de Pie podrían forzar un pronunciamiento en ese sentido. Vandom temía que Scipione ganara aliados y se lo llevara por delante, por lo cual se acercó a otros Independientes (Uncal, Soto y Pifarré) mientras maldecía la intransigencia del portuario Tolosa a todas las propuestas oficiales (y a las de Vandom) de solucionar el conflicto portuario y llegar a la paz con el gobierno. Pero esa paz no llegó y en la CGT triunfó el pedido de convocatoria al CCC (al tiempo que también en el gobierno triunfó la línea agresiva de Salimei y el secretario Lanusse contra la conciliadora de San Sebastián). Junto a Tolosa y contra el gobierno estaba la “línea dura”, Scipione, gran parte de los obreros del estado, Alonso y los sindicatos de izquierda. Si triunfaban en el CCC e imponían una salida combativa, Vandom, para no perder la unidad de la CGT aceptaría esa la decisión, y junto a él, quienes lo acompañan en la “línea acuerdista”²⁰.

Finalmente el viernes 2 de diciembre de 1966 Onganía firmó los decretos de reorganización ferroviaria, y al hacerlo intervino en la cuarta cuestión que había señalado como crítica (las otras eran la Universidad, la economía tucumana y los puertos). En todas estas acciones fue muy criticado pero ello no le quitó la adhesión que aún obtenía de la CGT. En el caso de los ferroviarios, y a diferencia de las decisiones anteriores, estos estaban avisados, habían

fortuito colocaría a Vandom en la oposición a Onganía para no perder el prestigio sindical (*Primera Plana*, N° 201, 1° de noviembre de 1966, p. 21).

¹⁹ *Primera Plana*, N° 201, 1° de noviembre de 1966, p. 21.

²⁰ *Primera Plana*, N° 205, 29 de noviembre de 1966, p. 13.

buscado el apoyo de la CGT, y se valían del temor de los futuros sindicatos a racionalizar²¹. Vandor, para no quedar atrás, propuso en el CCC (realizado el 30 de noviembre) el llamado a huelga, pero con la salvedad de criticar al equipo económico, no a Onganía. Acordaron un paro para el 14 de diciembre para protestar contra la política económica, y que era, según los duros, un apoyo a los ferroviarios, y según los negociadores una presión sobre el gobierno para que volviera a negociar, en la creencia general del vandorismo que sostenía entonces y lo haría por mucho más tiempo, de que Onganía estaba mal asesorado por su gabinete, y mientras ni siquiera los nacionalistas de las FFAA lo adviertan, ellos debían dar el toque de alarma²².

El 14 de diciembre se desarrolló el paro general²³. El gobierno en lugar de medidas represivas se dedicó a aclarar por las radios oficiales las penosas consecuencias para el país que traía tal medida y a avisar que las condiciones eran normales para los que querían ir al trabajo²⁴. San Sebastián sostuvo ante Onganía que debían aguantar la huelga y que la misma no significaba romper con los obreros porque la CGT emitió una declaración donde afirmaba que no dejarían el diálogo con el Gobierno, lo cual fue para las 62 de Pie, los Independientes y los comunistas una claudicación a lo que el CCC había resuelto 8 días antes²⁵. Estas disidencias irían a aflorar

²¹ Estaban avisados porque el jueves 24 de noviembre de 1966 Onganía recibió a seis dirigentes de UF (Scipione, Pepe, Vázquez y otros) y a cinco de LF (Del Bono y otros) y les había anticipado detalles del plan de reestructuración que sería el definitivo (incluía despidos y reubicación de personal, cierre de ramales, privatización de talleres, cambio de reglamento del trabajo y de los escalafones) y les dio diez días para decir qué les parecen las modificaciones (*Primera Plana*, N° 205, 29 de noviembre de 1966, p. 13).

²² “La CGT espera que el Gobierno nacional enmiende su política y enuncie un programa de realizaciones donde el esfuerzo de los argentinos multiplique la riqueza y la devuelva a la comunidad” por lo que “el paro no significa la ruptura del diálogo que se inició con el señor Presidente de la Nación; la alternativa está en manos del Gobierno: si persiste en su alianza con los sectores que se nutren de la dependencia y el atraso se hará inevitable la ruptura y el movimiento obrero luchará hasta sus últimas consecuencias” según la declaración del último CCC (*Primera Plana*, N° 207, 13 de diciembre de 1966, p. 21).

²³ La huelga del 14 fue la más importante desde la del 7 de junio (defensa de la ley de contrato de trabajo, contra Illía) pero el gobierno también capitalizó algo de ese dejar hacer la huelga sin reprimirla. Según el ministerio del interior en el sector fabril y de transporte hubo ausentismo laboral del 85%, tanto como en mercantiles. Parcialmente pararon los periodistas y gráficos. Lo que destacaron los observadores fue el cumplimiento de la huelga de parte de “gremios de clase media” dispuestos a reclamar ahora mejores salarios (*Primera Plana*, N° 208, 20 de diciembre de 1966, p. 17).

²⁴ Antes había intentado, sin éxito, detener o posponer la huelga (el lunes 12 habían hecho la última negociación en ese sentido entre San Sebastián, Francisco Prado, Eleuterio Caldos y Maximiliano Castillo, pero la no conclusión del pleito portuario llevó a que la huelga se mantenga).

²⁵ La extensa declaración fustigaba con detalle la política económica “liberal” del gobierno que beneficiaba a los “intereses oligárquicos” y “monopolistas”, criticaba las políticas del ámbito laboral, universitaria, pero terminaba afirmando que “la declaración del paro de actividades por 24 horas no significa, por parte de la CGT, la ruptura

en el CCC siguiente, reunido para analizar la huelga, donde no se acordó entre la propuesta de las 62 de Pie de que se establezca un estado de alerta por el cual el gobierno note todo el tiempo la presencia de la CGT, y la del vandorismo de llevar a cabo acciones encadenadas y que continúen las negociaciones entre San Sebastián y Prado porque se llevaban muy bien.

El Plan de Acción de 1967 y el “escalonamiento” represivo

El movimiento obrero se dividiría entre “los *conciliadores* buscan el compromiso y ocupan hoy la dirección de la CGT”, “los *militantes* están en una segunda línea y se oponen a la dirección sindical: su audiencia son las ‘bases’ gremiales en conflicto” y un tercer sector de *marginales* que buscan su salvación económica individual. Si el gobierno se endurece los conciliadores cederían ante los militantes y eventualmente emergerían “*proletarios*, masas desarraigadas que alimentan la rebelión”. “El hecho de que la CGT haya servido en estos días como ‘instancia intermedia’ entre los portuarios y el gobierno, soportando presiones destinadas al Estado, debe hacernos ver que, en esta etapa de convergencia, la CGT es una estructura de orden y moderación social”²⁶.

En torno a aquel primer conflicto sindical del gobierno de Onganía (racionalización en los puertos), se fueron comenzando a delinear las tendencias. Tolosa junto a los sectores combativos de las 62 de Pie y los Independientes buscaban una alianza contra el gobierno, mientras el vandorismo buscó permear en sectores del gobierno afines para que los obreros consiguieran su lugar en el nuevo ordenamiento nacional²⁷. Para enero de 1967, la situación se había esclarecido un tanto más. Los duros eran las 62 de pie, comunistas e Independientes (Arrausi y Almozny de viajantes, entre otros) y pedían un CCC para que la situación ferroviaria no termine como la portuaria y como Tucumán. Los negociadores eran los vandoristas, los No Alineados y otros Independientes (Uncal de mercantiles, Pomares de bancarios, Soto de UPCN y Vigna de gráficos, entre otros)²⁸.

Entre fines de 1966 y comienzos de 1967, el gobierno militar intentó definir su rumbo económico. El reemplazo del ministro Salimei por Krieger Vasena, fue un avance de los liberales del gobierno y al plan de racionalizaciones del sector público se le sumaría poco después una serie de medidas de estabilización de la economía con vistas a reducir la inflación

del diálogo que se inició con el presidente de la Nación” pero “la alternativa u opción está en manos del Gobierno” que deberá optar entre “los sectores que se nutren de la dependencia” (y el movimiento obrero lo combatirá) o ponerse del lado de “las grandes soluciones nacionales” (*Clarín*, 9 de diciembre de 1966, p. 28).

²⁶ Mariano Grondona, “La crisis sindical”, en *Primera Plana*, N° 209, 27 de diciembre de 1966, p. 11.

²⁷ *Primera Plana*, N° 209, 27 de diciembre de 1966, p. 14.

²⁸ *Primera Plana*, N° 213, 24 de enero de 1967, p. 18-19 y 23.

y recuperar el crecimiento²⁹. Antes del anuncio de las mismas el gobierno se dedicó a terminar su pleito con la CGT y preparar el terreno en el cual pudiera imponer tales medidas: al CCC del 3 de febrero donde se resolvió lanzar un combativo Plan de Acción³⁰, el gobierno respondió (a diferencia del paro de diciembre) con quitas de personerías y un “escalonamiento” de medidas represivas. Esta posición del gobierno desconcertó a los sindicalistas. Lorenzo Pepe y Vandor se mostraron favorables a llevar a cabo todas las fases del Plan de Lucha, pero otros se opusieron, como el frondizista Liberato Fernández (marítimos) que fue apoyado por vandoristas como Eleuterio Cardoso (carne), Ángel Peralta (vitivinícola), Coria (construcción), Cavalli (petroleros) e Izetta (municipales)³¹. El miércoles 22 de febrero de 1967 le suspendieron la personería (como parte del escalonamiento) a UF, y harían lo mismo con UOM, SMATA (dos de los sindicatos que más acataron el Plan de Lucha), AOT, LyF, y FOTIA, y si no suspendían el paro del 1º de marzo, intervendrían la CGT. Para este día los sindicatos pidieron calma y las movilizaciones no se cumplieron. El vandorismo sin Vandor se reunió, con asistencia de Castillo, Peralta, Coria, Cavalli, Izetta y Cardoso y estimaron que Onganía se estaba fortaleciendo y no debilitando y por ello era mejor pactar antes de que destruyeran definitivamente a los sindicatos; para ello solicitaron un nuevo CCC para acordar la retirada. El viernes 24, “fue la jornada más agresiva del dispositivo cegetista”³² y estallaron incidentes en San Martín y Caseros y el paro de UF se cumplió (sin participación de LF). A la reunión del mismo 24 llegaron dos posiciones: 1) Flexibles: querían suspender el paro (“No alineados”, vandoristas, y algunos independientes). 2) Duros: querían llevar a cabo el paro a toda costa (alonsistas, comunistas, otros vandoristas y Vandor, de quien se decía que no podía abandonar el Plan de Acción porque defraudaría).

²⁹ Anunciadas en marzo, incluían: devaluación del 40% del peso, disminución de impuestos a la importación, liberalización del mercado de cambios, saneamiento del gasto público, suspensión de convenciones colectivas de trabajo y aumentos del 15% en salarios congelados hasta diciembre de 1968, acuerdos de precios, desgravación para comprar maquinaria industrial y agraria y para inversiones en vivienda, entre otras (O’Donnell, 1982: 138-139).

³⁰ Cronograma del “Plan de Acción”: 8 al 17 de febrero: período de agitación; 20 al 24 de febrero: movilización (con paros parciales en todo el país entre las 11 y las 14 horas); 1º de marzo: huelga general de 24 horas; 10 de marzo: concentraciones en Capital e interior; 21 de marzo: huelga general de 48 horas.

³¹ Estos afirmaban que los empresarios aceptaban dialogar si se suspendían los paros, y de esta manera se forzaría al gobierno a volver al diálogo, o por lo menos se alejaría al sindicalismo de la ruina a la que lo llevarían los paros, la represión y las intervenciones.

³² *Primera Plana*, N° 218, 28 de febrero de 1967, p. 14. Asimismo por estos días circulaban las versiones, y eran parte de las consideraciones de cada sector, de que Onganía sería desplazado por un elenco de militares nacionalistas más cercano a las posiciones de los obreros.

El paro se realizó y el escalonamiento del gobierno contra la CGT continuó con la suspensión de las personerías gremiales a los sindicatos más activos durante el mismo: metalúrgicos, textiles, azucareros, químicos y telefónicos de Capital Federal. El viernes 3 de marzo el Banco Central congeló los fondos de esos 5 gremios y las cuentas personales de sus dirigentes, mientras que la Secretaría de Justicia canceló la existencia gremial de UF que ya tenía la personería suspendida desde el 22 de febrero (y sus bienes irían a remate). También el viernes se conocieron sanciones a estatales. El sábado el último escalón del escalonamiento fue la sanción de la ley 17192 que creó el “servicio civil de defensa” por la cual el gobierno podía movilizar y someter a fuero militar a toda persona mayor de 14 años³³. La CGT no sería intervenida para no dar al exterior una imagen antipopular, y la última etapa del escalonamiento sería la modificación de la ley de asociaciones profesionales por una con “libertad sindical”.

Todas esas medidas se sancionaron para presionar a la próxima reunión del CCC y forzar la postergación de la última etapa del plan de lucha: los paros generales por 48 horas del 21 y 22 de marzo. Entre los dirigentes sindicales mientras unos buscan cambiar la protesta por la búsqueda de alianzas con empresarios, intelectuales y técnicos, otros proponían seguir la lucha. Entre los primeros estaban Prado, Cardoso, Taccone, y otros vandonistas (Cavalli, Coria, Peralta, Negrete) muchos independientes liderados por March, algunos peronistas y el líder de la tendencia era el marítimo Liberato Fernández. La segunda tendencia se preguntaba qué ganaría la CGT levantando las medidas de fuerza ante el ataque del gobierno, porque además el gobierno seguiría aplicando sus políticas y los reclamos de los trabajadores seguirían en pie; en esta actitud estaban líderes disímiles como Vandon, Navasal (alimentación), la “izquierda peronista” de Amado Olmos y los suyos, De Luca (navales), Alfredo Airas (jaboneros), Alfredo Eyheralde (calzado), los comunistas liderados por Manuel Rodríguez (químicos), los No Alineados como Scipione y Ángel Correa (sanitario) y los Independientes que seguían a Tomás Uncal. Finalmente, el jueves 9 de marzo, el CCC “arrojó la toalla” de su plan de Acción sin cumplir la última etapa del mismo, el paro de 48 horas.

³³ Sobre la ley, *Primera Plana*, Nº 219, 7 de marzo de 1967, p. 14.

Este fue el primer triunfo de los participacionistas. Para algunos selló la muerte de la CGT porque el gobierno se quedara sin enemigos, mientras que el participacionismo leyó el hecho como un paso atrás de la CGT para salvar su vida³⁴.

Otro Congreso fallido y la elección de una Comisión Delegada

Después de este fracaso del Plan de Acción, el viernes 17 de marzo los peronistas ortodoxos, comunistas y un sector de Independientes lograron que el Consejo Directivo de la CGT llamara a un nuevo Congreso Nacional de la CGT para que la actual conducción presente sus renuncias y se elijan nuevas autoridades. El vandorismo no quería dejar los cargos porque no se sentían culpables del fracaso de un plan de acción que no quisieron (hasta el 3 de febrero eran dialoguistas y conciliadores con el gobierno) pero aceptaron para que no los sobrepase la ola combativa. Las 62 de Pie quería derrocar a Vandor y poner a José Alonso y los Independientes aceptaron derrocar a Vandor para así mediar y tener más cargos en una elección de autoridades de la CGT³⁵. El CCC se reunió el viernes 14 de abril y formalizó la citación del Congreso para el 29 y 30 de mayo donde se aceptarán las renuncias del actual Consejo Directivo y se elegirán nuevas autoridades, además de delinear el futuro de la acción de la Central. El clima era de “apatía y derrotismo” y no se había acordado quien reemplazaría a Prado³⁶.

³⁴ Según el análisis de *Primera Plana*, la CGT tenía dos alternativas: “el descenso a la subversión, a la acción clandestina” manteniendo a los sindicatos como pantalla de atención a lo gremial, o la adhesión a los designios del gobierno y “convertir a la central en una oficina de la administración pública” (*Primera Plana*, N° 220, 14 de marzo de 1967, p. 18).

³⁵ Mientras peronistas ortodoxos, Independientes y comunistas presionaban para que se convoque a un nuevo Congreso, el vandorismo para quedarse en sus cargos comenzó a buscar el diálogo con el gobierno para ver si le devolvían personerías a los gremios sancionados y así recuperar algo de imagen. Taccone primero y seguidamente Prado junto a Cavalli fueron a ver al ministro del interior Borda, quien dijo que el gobierno no quiere dar la imagen de que triunfó sobre la clase obrera (*Primera Plana*, N° 221, 21 de marzo de 1967, p. 12).

³⁶ *Primera Plana*, N° 225, 18 de abril de 1967, p. 12. La Secretaria de Trabajo informó que la convocatoria al Congreso de la CGT debía ajustarse al decreto 969/66, es decir, que los delegados al mismo debían ser elegidos por voto directo y secreto, pero en los grandes sindicatos los delegados son elegidos por el Consejo Directivo. El gobierno no reconocería a las autoridades si estas no se ajustan al decreto, pero además pretendía que el Congreso se postergara para después de la asamblea de la OIT (junio), y que no puedan asistir los sindicatos grandes, por entonces también empeñados en la unidad peronista. En estas fechas, en torno al peronismo se estaba avanzando en la reunificación de las 62 organizaciones; el miércoles 5 de abril Alberte (delegado de Perón en Argentina, asumido en marzo de 1967, después del fracaso del Plan de Acción) se reunió con el vandorismo y con las 62 de Pie, y a ambos les transmitió el ofrecimiento de unidad y la voz de Perón en cinta magnetofónica donde decía que quien no adhería a la unidad sería expulsado. Las dos 62 deberán nombrar 4

Sin embargo aquel Congreso finalmente no se realizó durante 1967³⁷. Por no cumplir con las disposiciones del 969/66, y a fin de que el gobierno reconozca a sus autoridades, los nucleamientos decidieron elegir una *Comisión Provisoria* (o *Delegada*) de 20 miembros para que esté al frente de la CGT hasta que los sindicatos cumplan tal decreto. La Comisión gobernaría por tres meses, hasta que fueran cubiertos los requisitos del decreto. Antes de ese acuerdo, hubo una disputa entre Vandor (auspiciaba la renovación total de los dirigentes) contra algunos como Coria, Cavalli, Peralta y Cardoso quienes junto a dos No Alineados (Liberato Fernández y Prado de LyF) pedían que no se sustituyera todo el Consejo Directivo, sino que hubieran reemplazos parciales para, de esta manera, ajustarse a los estatutos y evitar el peligro de una ruptura con la Casa Rosada; también propusieron que continuara Prado y otros participacionistas (como quería el gobierno). El martes 16 se impuso la opción de Vandor y empezó la división de cargos³⁸. San Sebastián y los participacionistas criticaron la conformación de la Comisión y pidieron la solución estatutaria³⁹; asimismo propusieron que no se criticara al gobierno en la Asamblea de la OIT para no fomentar a las “fuerzas antinacionales” y que se aclarara en Ginebra la caducidad en Argentina de la “democracia condicionada”⁴⁰. El gobierno, a pesar de que no reconocería a la Comisión, tampoco borraría del mapa a la CGT, y en cambio buscaría colocar, antes del Congreso Normalizador, algún dirigente adicto en reemplazo de Prado (podría ser Taccone) y alrededor suyo a miembros del

representantes que irían a un plenario de obreros peronistas y serían los más poderosos (metalúrgicos, petroleros del estado, construcción y municipales y por el otro lado textiles, ATE, vestido y sanidad) y para el Congreso de la CGT del 29 de mayo presentarán una lista única. Quedarían marginados las personas de Vandor, Izzeta, Coria y Cavalli pero no sus gremios si se adhieren a las directiva de Perón; esos cuatro están condenados pero el Comando Táctico podría indultarlos (por disposición de Perón).

³⁷ Sería el que durante 1968, y realizado dos veces, consagró a Ongaro y la CGT de los Argentinos y a Vicente Roqué y la CGT Azopardo (vandorista), mientras que los participacionistas se quedaron al margen de ambas.

³⁸ La Comisión Delegada dependía del CCC y duraría por 180 días hasta que se haga el Congreso Normalizador (el 25 de noviembre). Ambas 62 se aseguraron 5 cargos cada una (a las De Pie, las lidera Olmos tras la huida de Alonso) y No Alineados e Independientes debían repartirse las otras 10 (y además decidieron no incluir al MUCS en la Comisión, para evitar el enojo de la Secretaria de Trabajo).

³⁹ LyF emitió una declaración el 24 de mayo de 1967 contra la conformación de dicha comisión, aunque no estaba sola: el SOMU, SUPE, construcción, gastronómicos, vitivinícolas y seccionales de UF, se habían alineado “en la posición que ahora se califica peyorativamente como ‘colaboracionista’” (*Clarín*, 29 de mayo de 1967, p. 22).

⁴⁰ Sobre el tema de la asamblea de la OIT Prado dijo que las cuestiones nacionales debían resolverse en el país, y al parecer los delegados obreros solo informarían sin abrir juicio de valor sobre las medidas tomadas por Onganía. No sería ni la primera ni última asamblea de la OIT donde se debatirían o alrededor de la cual se negociaría para denunciar o no al gobierno, a la espera de que la asamblea decidiera una moción contra el gobierno de turno y así empeorar su imagen internacional por reprimir a los trabajadores.

“equipo ‘conciliador’ que fue creciendo a la sombra del vandorismo o en sus adyacencias (Cardoso, Cavalli, Peralta, Coria, Liberato Fernández)”⁴¹ y que quedó (al menos en sus figuras más notables) al margen de la Comisión Delegada.

El lunes 29 Prado cedió la conducción de la CGT, el jueves 1º de junio se eligieron los nombres de la Comisión para conformar el Secretariado General y el lunes 5 emitieron un documento crítico contra las políticas económicas de Krieger Vasena y la nueva ley de hidrocarburos (permitiría explotaciones a empresas extranjeras). Después de esto, realizaron una reunión de secretarios generales de la CGT para analizar las acciones a seguir, pero a pesar de algunas propuestas, no se pudo imponer la línea que quería volver al combate tras el fracaso del Plan de Acción. Vandor “como de costumbre jugó ‘con dos piolines’” porque mantenía sus lazos con las posturas de José Notaro, petroleros y vitivinícolas y la línea negociadora con la Secretaria de Trabajo, pero vandoristas cercanos a él se mostraron cerca de Olmos (por lo que muchos pensaron que seguía vivo el eje Vandor-Olmos que consiguió la formación de la Comisión de los 20).

Algunos Independientes buscaron lanzar la CGT a la lucha porque creían, tanto como sus aliados radicales, que Onganía sería reemplazado por Aramburu, mientras que los peronistas creían que a Onganía lo cambiarán por Alsogaray⁴². El martes 22 de agosto durante el CCC, a pesar de la presión a favor de un nuevo plan de lucha, (a la puerta del edificio un centenar de jóvenes gritaron ¡CGT, Revolución!, ¡CGT, Revolución!”) se resolvió continuar con las críticas verbales pero “sin equivalente en el plano de los hechos”⁴³.

⁴¹ *Primera Plana*, N° 231, 30 de mayo de 1967, p. 14.

⁴² *Primera Plana*, N° 241, 8 de agosto de 1967, p. 15. Los peronistas estimaron que una fracción del ejército impondría un programa económico nacionalista (contra las reformas en los puertos, el cierre de ingenios tucumanos, la conciliación obligatoria y la racionalización ferroviaria). Perón alentaba al enfrentamiento: “ya no se trata de combatir por mejores salarios, sino de unirse en la defensa de lo que a todos interesa por igual. Llegó el momento de pensar en serio: hay que barrer a los dirigentes maricones y reemplazarlos por hombres de pelea. Quienes no saben luchar por sus derechos merecen la esclavitud”. Por otro lado seguían las tratativas de Perón con emisarios propios y del radicalismo en pos de una alianza de ambas fuerzas; el miércoles 28 de julio de 1967 Jerónimo Remorino había partido hacia Madrid con una carta de Illía para Perón, con las bases que el radical propone para articular ambas fuerzas nacionales. Estas tratativas entre Illía y Perón, se llevaron a cabo durante unos meses, pero no fructificaron.

⁴³ Estos debates sobre si lanzar la CGT a la lucha nuevamente, o no, volvieron a poner en entredicho la unidad de las 62 organizaciones lograda por el delegado Alberte, y reemergió un conflicto que ilustró la transversalidad de la disputa en torno a la participación, al interior de todo el peronismo, sindical y político. Los vandoristas de la “línea blanda” (Cavalli, Peralta y Coria) estaban próximos a Onganía y Perón ordenó la expulsión de Coria, pero

El gobierno busca la Participación. Medidas económicas y preparación del Congreso de la CGT

El miércoles 25 de octubre de 1967 San Sebastián sancionó una medida contra sus opositores en el gobierno y en los gremios: un sistema menos rígido para la racionalización en empleados estatales, y que permitió a los dirigentes sindicales ocupar cargos en las comisiones que estudiarían la racionalización. Con esto el gobierno buscó empezar a dar forma a la participación, restar gremialistas de ramos estatales a la oposición, y San Sebastián, ganar la pulseada al asesor laboral de Krieger Vasena, Tirso Rodríguez Alcobendas, que había propuesto a Onganía la imposición de los nuevos reglamentos a estatales que implicaban cercenar conquistas de los mismos⁴⁴. Con esta medida, y una serie de discursos de funcionarios bastó para que se empezara a hablar de un posible “giro populista” del gobierno. Entre quienes buscaban el acercamiento del gobierno con la CGT, se desarrollaba también una contraofensiva nacionalista (que sustentaba el “giro a lo popular”) contra los liberales del

las 62 no lo hicieron porque no había unanimidad para tomar tal medida. A la vuelta de una visita a Perón, Framini leyó en una asamblea de las 62 Organizaciones una carta de aquél donde ordenaba: 1) activar la lucha contra el oficialismo porque a Onganía otros sectores del ejército le darán un golpe, 2) profundizar contactos con UCRP para crear condiciones que justifiquen ese movimiento de fuerza, y 3) expulsar de las 62 a Vador y Coria, a quienes Perón considera espías de la Casa Rosada. Las 62 no los expulsaron, en parte, porque otros miembros de las 62 eran conscientes que aquellos dos no eran los únicos en dialogar y acordar con San Sebastián (*Primera Plana*, N° 249, 3 de octubre de 1967, p. 12). Por ello, en un Congreso Nacional Peronista en Valle Hermoso, Córdoba, Alberte logró sancionar un documento crítico del gobierno y decidieron expulsar a Coria de las 62 organizaciones. La decisión no cayó bien a las 62 organizaciones que amenazaron con dividir al peronismo de nuevo, porque hasta ese momento las sanciones a gremialistas no las tomaban los políticos del movimiento, sino los propios sindicalistas (y después Perón las refrendaba o no). Coria, en tanto, retiró a su gremio de las 62 Organizaciones, y dijo que desconocía autoridad moral de Alberte para sancionarlo. 17 sindicatos se reunieron para tratar la expulsión de Coria y resolvieron que o bien se reveía la medida o ellos la desconocerían, en un gesto que implica desconocer a Perón y volver a dividir las 62 (*Primera Plana*, N° 251, 17 de octubre de 1967, p. 17). De esta manera el peronismo aparecía de nuevo dividido en, por un lado, participacionistas y vadoristas que coquetean con el gobierno, y por otro, Alberte como delegado de Perón, acompañado de la juventud y los sindicatos en torno a Olmos, con los que buscaban construir un Movimiento Nacional (*Primera Plana*, N° 252, 24 de octubre de 1967, p. 18). El 31 de octubre, en la asunción de Coria en UOCRA, en una ceremonia que contó con el elenco “colaboracionista” (Peralta, Cavalli, Demetrio Lorenzo, Anteo Poccione, Pablo Schmidt) Coria afirmó que “es una torpeza creer que las banderas justicialistas pueden ser administradas por un Virrey (Alberte)” ya que “después de 20 años de tenerlas en nuestras manos ya tienen mayoría de edad y no admiten tutelas de nadie” (*Primera Plana*, N° 254, 7 de noviembre de 1967, p. 12).

⁴⁴ *Primera Plana*, N° 253, 31 de octubre de 1967, p. 16. Otras versiones indicaron que no fue San Sebastián sino Taccone quien advirtió a Onganía sobre los riesgos de una medida como la de Rodríguez Alcobendas.

gobierno y al mismo tiempo de estos encuentros y versiones, se hablaba en todo el país sobre una supuesta avanzada corporativista⁴⁵.

Aquellas medidas de San Sebastián repercutieron en las reuniones previas al CCC donde se iba a debatir renovar el mandato de la Comisión de los 20 hasta marzo, postergando así el Congreso normalizador de la CGT. Acerca de la renovación de la Comisión y la fecha del Congreso normalizador, se perfilaron las tres tendencias sindicales. 1) grandes gremios (Metalúrgicos, UOCRA, textiles, comercio) que buscan junto a empresarios de sus ramos, convencer a Onganía de cambiar el rumbo liberal de la economía por otra de pleno empleo y de mayor consumo; 2) sindicatos estatales “participacionistas” (LyF, petroleros, LF, marítimos) que buscan hacerse de las estructuras participativas de la Secretaría de Trabajo (creían que Krieger Vasena no sería ministro en 1968 y que ello descongelarían los salarios), y que junto a otros participacionistas (vitivinícolas, curtidores, alimentación, y empleados viajantes de comercio, que esperan que su colaboracionismo rinda frutos y aumenten los salarios durante 1968) pretendían retrasar la normalización de la CGT; 3) los opositores al gobierno, pero que no lograban elaborar una estrategia de lucha común, aunque sí coincidían en la pronta normalización de la CGT y su preparación para enfrentar al gobierno. Toda postergación favorecía al gobierno porque sin autoridades de la CGT no se estructuraría ninguna oposición al mismo⁴⁶.

⁴⁵ Dicha avanzada capitaneada por visitantes extranjeros (cuatro en total), invitados a dar conferencias sobre corporativismo y nuevas estructuras no liberales. También se recogían opiniones de “ideólogos políticos y sindicales” cercanos al gobierno, sobre el tema en boga del corporativismo: Taccone, Gerardo Ancarola (democristiano disidente), Guillermo Arana (Unión Conservadora de Buenos Aires) y Rogelio Frigerio (*Primera Plana*, N° 248, 26 de septiembre de 1967, p. 12-14).

⁴⁶ *Primera Plana*, N° 256, 21 de noviembre de 1967, p. 12. Onganía buscaba potenciar esto, cerrar la brecha entre las organizaciones populares y la masa, y tener buena imagen; sobre los sindicatos dijo que no basta con ganar la elección, sino que los dirigentes después debían actuar positivamente para la comunidad, como algunos “gremios que pueden usar coches grandes, y tener hoteles de primera calidad y dirigentes que luzcan corbatas tranquilamente –justificó Onganía a los jefes de las entidades más poderosas: Andrés Framini, Feliz Pérez o Augusto Vandor-, porque han sabido planificar y ser previsores, sin que las dificultades actuales los abatan”. En su viaje por las provincias prometió créditos y gastos varios, que hicieron que muchos se preguntaran (en una semana donde se habló del alejamiento del equipo económico) si el gobierno encaraba ya la “apertura a lo social” que le pedían los nacionalistas del gabinete (*Primera Plana*, N° 257, 28 de noviembre de 1967, p. 13). Otra medida de las de “apertura a lo popular” era la posible vuelta de las convenciones colectivas, sobre las que San Sebastián dijo que a pesar de que según la ley sancionada volverían a fines de 1968, había un artículo en la misma que podría hacerlas volver antes.

El jueves 23 el CCC sancionó los términos de un acuerdo entre los líderes de las tendencias sindicales más importantes: 1) prolongar por 120 días el mandato de la Comisión de los 20 (terminaba el 25 de noviembre), 2) citar al Congreso Nacional de la CGT a que elija autoridades el 15, 16 y 17 de marzo de 1968, 3) hacer el 15 de diciembre un acto público de censura a la política económica y 4) refutar las versiones de que hay líderes obreros “complacientes con la Casa Rosada”. La reunión donde se acordó esto, contó con las tres tendencias del momento, “opositores al gobierno, vandoristas y *participacionistas*”. Para los participacionistas la fecha de marzo era ideal porque coincidía con el mes que el gobierno les prometió aumentos salariales y se empezarían a recibir beneficios a tono con la “apertura a lo popular”. El vandorismo comenzó comunicaciones con empresarios para volcarlos a estos contra la política económica del ala liberal del gobierno, a favor del proteccionismo, contra la eliminación de industrias calificadas de ineficientes y contra la vuelta al “país pastoril”. Frente a estos sectores, los opositores eran minoría y debieron aceptar la continuidad de la Comisión de los 20⁴⁷.

Así como la postergación del Congreso Normalizador, entre los participacionistas y el gobierno planeaban una serie de medidas con las que atraer mayor cantidad de gremios a esta tendencia. Trascendió que devolverían las personerías en metalúrgicos y textiles, con vistas a ganar definitivamente a Vandor y Framini para la causa participacionista (muchos afirmaban que si estas elecciones se hacen abiertas y con veedores, sepultarían a ambos dirigentes porque ellos enfrentan poderosas oposiciones en sus gremios)⁴⁸.

Como broche de oro para la conquista de sindicalistas Onganía se preparaba para anunciar medidas que empezarían a pagar el diálogo que muchos le brindaban: prometería antes de Navidad una amplia amnistía a gremialistas que seguían procesados por el Plan de Lucha de

⁴⁷ Para Lorenzo Pepe todo olía a contubernio, porque el mes de marzo para el que fue postergado el Congreso coincidía con medidas del gobierno como elecciones en gremios y aumentos del 10%. Pepe lamentaba que el gobierno es saliera con la suya, y afirmó que el movimiento obrero debía “estudiar una técnica de acción” (*Primera Plana*, N° 257, 28 de noviembre de 1967, p. 14). Olmos evaluó además que los retiros y ascensos recientes en el ejército favorecieron a Onganía, lo cual muestra que sus opositores en el ejército no tenían la fuerza que ellos suponían, por lo que un golpe, de darse, sería más adelante.

⁴⁸ En la Secretaría de Trabajo se trabajaba en las normalizaciones en los sindicatos, porque de ellas surgirían los delegados que definirían a la CGT en marzo como opositora o participacionista.

1964, a Tolosa y a los integrantes del grupo Cóndor⁴⁹. Estos movimientos se coronaron la semana del lunes 18 de diciembre, una de las “más demagógicas que conozca el actual gobierno” cuando ese día por la noche Onganía, un amante del polo, fue a la cena celebración de Racing campeón del mundo. Al día siguiente se anunciaron precios máximos para el pan, pollos y huevos y, del lado del presupuesto de 1968 anuncios que contemplaban un aumento del gasto público⁵⁰. Todos estos logros que acumuló San Sebastián se concretarían para muchos, en marzo, cuando Peralta y los participacionistas, formaran un sólido bloque y normalicen la CGT.

Del Congreso de marzo a la formación del nucleamiento.

Como es sabido, la normalización de la CGT en el Congreso de marzo no contó ni con vanderistas ni participacionistas, sino que los sectores combativos lograron formar una CGT para enfrentar al gobierno militar, posteriormente conocida como “CGT de los Argentinos”. Semanas después los sectores que no fueron o se retiraron del Congreso de marzo, realizaron otro en la sede de la central. La mayoría de los participacionistas estuvo formalmente en la que se conocía como “CGT Azopardo”, pero su compromiso con la misma, en la disputa con la CGTA, era menor. Mientras ambas centrales se enfrentaron por la representación del peronismo, la tendencia participacionista mantuvo su posición de acercamiento al gobierno tanto para la resolución de conflictos puntuales en sindicatos como para la obtención de beneficios, a pesar de que el gobierno no los correspondía con la postergada convocatoria a paritaria ni con los magros aumentos salariales fijados por decreto.

Mientras hacia fines de 1968 y comienzos de 1969 el vanderismo concentraba esfuerzos en la reorganización de las 62 organizaciones (con aval de Perón), y los sectores combativos conformaron el Peronismo Revolucionario, los participacionistas volvían a reunirse con el gobierno militar. En aquél contexto se desarrollaron las reuniones que ultimaron detalles de su conformación como nucleamiento sindical, inspirado en la nueva posición sindical basada

⁴⁹ *Primera Plana*, N° 259, 12 de diciembre de 1967, p. 19.

⁵⁰ *Primera Plana*, N° 261, 26 de diciembre de 1967, p. 12. Díaz Colodrero prometía obras para las provincias, a fin de que terminen con el descontento público y los disturbios provinciales por los que hay versiones de renuncias de gobernadores de Tucumán, Salta, Santa Cruz, Río Negro, Formosa y La Pampa.

según Coria en qué “a menos que se esté en una posición insurreccional, participacionismo no es más que el sinónimo moderno del sindicalismo”⁵¹. El sector más cercano al gobierno, que no adhería a ninguna de las otras expresiones del peronismo, ni a las CGT, tenía el favor de aquél para nuclear a los sindicatos afines y restar apoyos a los convocados para la unidad del peronismo sindical que acusaba a San Sebastián de divisionista⁵².

El miércoles 29 de enero de 1969 se reunieron los participacionistas para preparar el encuentro con Onganía. Constituyeron la mesa del sector con quienes representaban al participacionismo desde el comienzo: Coria (construcción), Isaac Negrete (cuero), Avelino Romero (textiles), Ángel Peralta (vitivinícolas) y Jorge Spinelli (espectáculo público)⁵³. Dos días después tuvieron su entrevista con Onganía y el nombre para el nuevo nucleamiento: Nueva Corriente de Opinión. Aquella fue la primera entrevista del presidente con un nucleamiento sindical y la reanudación oficial del diálogo después del fracaso del plan de acción de 1967.

La reunión se acordó para entregarle el memorial con el detalle de las aspiraciones que el sector habían debatido el día anterior y que incluían temas de política salarial, convenciones colectivas, Obras Sociales, unidad sindical, amnistía gremial para los que participaron del Plan de Lucha de 1964 y participación⁵⁴. Estuvieron presentes los sindicatos que en diciembre renunciaron a la CGT Azopardo (el sindicato de hielo de José Acosta, vestido de José Alonso, aceiteros de Estanislao Rosales y madereros de Alfredo Norese) y según comentaron los dirigentes Onganía los exhortó a tener fe en el país y expresó el deseo del gobierno de que en breve hubiera una CGT única y fuerte, “al servicio del país y no del gobierno, el cual no se propone interferir en el proceso de normalización de las actividades sindicales”. Alonso

⁵¹ *La Razón*, sábado 14 de septiembre de 1968, p. 5.

⁵² Sobre la acusación de las 62 Organizaciones de ser el “principal divisionista del movimiento obrero y de propiciar una CGT oficialista” San Sebastián declaró una vez más que “el gobierno de ninguna manera aspira ni desea tener una CGT a su servicio. Si desea una CGT en función del país, que esté a tono con el movimiento sindical argentino” (*La Razón*, martes 4 de marzo de 1969, p. 8).

⁵³ Participaron 35 sindicatos entre ellos los participacionistas más importantes LyF, textiles, Vestido, Cuero, construcción, SUPE, prensa, camioneros, vitivinícolas, caucho, aceiteros y seguro (nómina completa en *La Razón*, jueves 30 de enero de 1969, p. 6 y *DIL*, Informe 107, enero de 1969, p. 23 y 24).

⁵⁴ Documento completo en *DIL*, Informe 108, febrero de 1969, p. 27-34. Participaron de la reunión Onganía, Krieger Vasena, San Sebastián, el Secretario de Turismo (Frischknecht) y el director nacional de Asociaciones Profesionales (Antonio José Capdevilla) y 44 de los dirigentes participacionistas más importantes (*La Razón*, viernes 31 de enero de 1969, tapa y p. 4).

afirmó que fue una reunión muy buena, Coria también y ya querían que hubiera otras. Damiano se mostró contento por la preocupación del presidente por una CGT única y para Félix Pérez también el significado del encuentro fue sumamente positivo, porque se habló con franqueza y pudieron llevarle a Onganía sus preocupaciones⁵⁵. Un día después se conocieron las palabras que Onganía dirigió a los trabajadores

Hasta aquí el gobierno de la Revolución Argentina ha sentido la ausencia de un vínculo de comunicación estable y eficiente con el sector del trabajo. Ese vínculo que hace a la participación y a la creación, por parte del Gobierno, del equilibrio de los intereses de la Nación, del trabajo y de la empresa [...] La participación por la que estamos es técnica, de estudio de problemas [...] Ese vínculo de unión eficiente y estable no podrá existir si por los cauces naturales y propios los trabajadores no constituyen su Confederación General del Trabajo como una expresión auténtica de sus verdaderos intereses. Pero el que quiera organizar la CGT con el signo de ese pasado inmediato, pierde lastimosamente el tiempo [...] ¿Que ha pasado en los sectores dirigentes en estos dos años y medio? Sus actitudes han sido diversas, porque los caminos también han sido diversos. Algunos tomaron hasta el de la subversión en una forma muy particular, muy singular, después de haber fracasado su intento de parar el trabajo por medio de la huelga [...] El gobierno habla de participación y los dirigentes quieren participar; ¿qué es entonces lo que impide el proceso? Señores: es la falta de organización de los trabajadores. Algunos de ustedes ya están jugados. Por eso hablo de lealtad. Pero en su conjunto todavía no tienen la fuerza para jugarse contra el problema político y decir: señores, aquí se acabó⁵⁶.

La entrevista de NCO con Onganía suscitó comentarios de todos los sectores. Diferentes agrupaciones de sindicatos participacionistas criticaron a las conducciones de los mismos por asistir a la entrevista con Onganía. Las 62 emitieron un documento donde se mostraban escandalizados por la posibilidad de otro nucleamiento peronista (y cercano al gobierno) cuando ellos eran los únicos representantes sindicales del movimiento que conseguirían una CGT peronista, contra estas aspiraciones de una CGT oficial que fracasaría como lo hizo Patrón Laplacette⁵⁷. Durante aquellos meses de consolidación del participacionismo estos contaban con el apoyo del gobierno y una creciente cantidad de sindicatos que se habían retirado de Azopardo para integrarse en NCO. La CGT Azopardo tenía el apoyo del peronismo oficial pero funcionaba más a nivel de las 62 prontas a normalizarse. La CGTA retenía el apoyo de las regionales más importantes del interior del país y del PR y del Bloque de Agrupaciones Gremiales y Organizaciones Políticas Peronistas, a los que se sumaban las declamaciones de sectores políticos desde de la UCRP hasta el PRT, pasando por la mayoría del estudiantado movilizado y los curas del tercer mundo; estos, sin embargo, no se habían

⁵⁵ *La Razón*, viernes 31 de enero de 1969, p. 4.

⁵⁶ Discurso completo en *La Nación*, sábado 1º de febrero de 1969, tapa y p. 3.

⁵⁷ Declaración completa de las 62 contra NCO en *DIL*, Informe 108, febrero de 1969, p. 35 y 36.

podido consolidar en un sólido frente opositor, aunque pocos meses después tendrían en las calles de Córdoba una efímera unidad combativa que no estaba ni siquiera en sus previsiones.

Conclusiones

Desde el golpe y la racionalización decretada por el gobierno militar, comenzó una búsqueda de definiciones en el movimiento obrero. Para algunos, éste, debido a las nuevas políticas económicas, debía oponerse; estos eran los duros, que eran sostenían una posición de pugna por medidas de nacionalismo económico desde antes del onganato. Para otros, a pesar de las mismas políticas, había que participar con el gobierno para no perder personerías y con ello los ingresos sindicales con los que mantenían las Obras Sociales, y tratar de cambiar al gobierno por dentro. Estos últimos, fueron una novedad que no existió antes.

Los vandoristas más flexibles que Vandor, vieron la novedad del onganato (escalonamiento e intervenciones por la negativa, participación en organismos del Estado por la positiva) y actuaron en consecuencia: se plegaron al gobierno. También los duros vieron esa novedad, pero decidieron resistirlo. Ni una actitud ni otra eran ajenas a la historia que el peronismo (a través de sus diferentes sectores) había desarrollado desde 1945 (y desde 1955), a sus experiencias, a sus textos. En ambas había una mirada al peronismo histórico y en los participacionistas peronistas una esperanza de una nueva alianza pueblo-Fuerzas Armadas. El vandorismo, en cambio, no supo cómo adaptarse al nuevo gobierno dictatorial: se ubicó la mayor cantidad del tiempo junto a los participacionistas (en busca de ser parte del gobierno), pero en cuanto había un paro importante dispuesto por los duros, se plegaba al mismo (incluso mostrándose cómo más duro y también haciendo críticas al equipo económico liberal). A partir de 1966, golpear y negociar, endurecerse y participar, adquirió no la característica de una estrategia que supo llevar a Vandor a la primera plana de la política durante la era semidemocrática, sino que durante el nuevo contexto de una dictadura, se asemejó a una indefinición de la estrategia política, que llevó al repliegue de la que había sido la tendencia sindical más importante hasta entonces.

El participacionismo privilegiaba la supervivencia del sindicato para concertar con el Estado al tiempo que olvidaba la demanda por democracia política (que implicaba el retorno de Perón) en pos del estrechamiento de vínculos corporativos. La tendencia dialoguista enfatizó también la preservación de la existencia de los sindicatos y sus funciones de concertación social, pero en el marco de la extensión de la participación política de los trabajadores y la reformulación de un pacto social lo más cercano posible a la década peronista. Los combativos adherían a la demanda en defensa de las organizaciones sindicales y los convenios pero privilegiaban la defensa de las tradicionales conquistas laborales del peronismo, una gran participación del Estado en la economía nacional y de los trabajadores en la política sin proscripciones.

Estas diferencias, y la formación del participacionismo y el fortalecimiento de los combativos, se dieron en el contexto de una dictadura militar que con un discurso del orden social (de la prohibición de los partidos políticos a los controles en espacios culturales) y otro de la normalización económica (de la estabilización a la racionalización del Estado) hizo colapsar la estrategia que el vandomismo había empleado con relativo éxito en los primeros sesenta. En este nuevo marco vimos cómo el peronismo participacionista proponía actuar sindicalmente sin interferencias políticas y había dejado de reclamar la vuelta de Perón, las medidas económicas del peronismo y la soberanía popular. De esa manera el participacionismo dejó de lado demandas que habían sido tradicionales al peronismo forjado en las luchas de la Resistencia en las que combativos, dialoguistas y participacionistas habían coincidido.

El participacionismo se desprendió mayormente del vandomismo, cuando golpear y negociar dejó de ser una táctica eficaz, y comenzaron a privilegiar el acercamiento al Estado con el que pretendían construir los vínculos corporativos sostenidos desde antes (reclamos por la cogestión en las empresas, la integración de Comisiones estatales con capacidad ejecutoria y la participación en la elaboración de políticas públicas). Sin embargo, no cabe ver a la tendencia participacionista como un bloque homogéneo, tanto porque algunos de sus primeros líderes se distanciaron tras experimentar las veleidades de la participación (como Taccone tras la perjudicial racionalización en LyF) como cuando después de las conmociones de mayo y junio de 1969 crecieron los cuestionamientos internos en aquella tendencia sindical.

Los dirigentes nacionales del participacionismo vieron cómo desde 1968 su autoridad central en la mayor parte de las provincias fue severamente cuestionada, y mucho más aún el 30 de mayo de 1969⁵⁸. Para conjurar esas rebeldías, en las expectativas de NCO (y la CGT Azopardo) se planteó fuertemente la unidad de la central como objetivo para 1969. Así lo entendieron muchos participacionistas que comenzaron a alejarse de NCO hacia posiciones “autónomas”, como paso previo a la futura inclusión en las 62, y su vuelta oficial al peronismo y la formación de una CGT enteramente reperonizada⁵⁹. Durante aquellos meses en que negociaron su reintegración en la CGT, también negociaron la ley de Obras Sociales. Así, el participacionismo, a la postre, pudo exhibir en su haber, ni más ni menos, la sanción de la crucial ley de Obras Sociales, logro de su habilidad para frenar la inercia combativa del cordobazo. Aquella ley si bien añadió otro control estatal al sindicalismo (una nueva razón para enjuagar ánimos de protesta que podrían hacer perder las Obras Sociales ante interventores), consagró la pertenencia sindical de las Obras que los sindicatos había desarrollado desde años atrás, y fueron favorecidas por nuevos fondos millonarios para su mantenimiento y creación donde no las hubiera.

Las acciones de mayo que desnudaron el autoritarismo militar (que debió imponerse violentamente para sostener un orden social que se proclamaba como consenso) reposicionaron a los combativos y la CGTA; aunque fueron las últimas de aquella central, la misma, como gesto póstumo, podía reclamar en ellas su pírrico triunfo. De manera similar, en la ley de Obras Sociales los participacionistas pudieron identificar su gran logro, tras cuatro años de acercamiento al gobierno militar. Si el Cordobazo comenzó a sellar el fin de la dictadura, esta buscó (entre otras medidas) en la ley de Obras Sociales un dique de contención al sindicalismo combativo. El dique estaba, paradójicamente, en el fin de la propia dictadura, que había alentado la experiencia combativa, y también la participacionista; con el comienzo de la salida política, comenzaron a declinar las dos tendencias sindicales que habían visto su apogeo durante el onganato.

⁵⁸ *DIL*, Informe N° 116, octubre de 1969, p. 46.

⁵⁹ *Periscopio*, N° 47, 11 de agosto de 1970.

Respecto de la normalización de la CGT en 1970, cabe decir que la experiencia que comenzó con Rucci al frente de Azopardo, poco podía reclamarse seguidora de la dirigencia que la precedió dos años atrás, porque Azopardo en 1968 actuó sin participacionistas, ni duros, y el proceso que se abrió en 1970 estaba emparentado con una apertura política diametralmente diferente del contexto del onganato en que ambas CGT habían competido. Sí podría decirse, en cambio, que el participacionismo había fracasado en lograr la CGT unida con la que transformarse en “factores de poder”. Tras la remoción de Onganía se fue avizorando lentamente una cierta salida política. En su posibilidad se dejaba atrás al discurso represivo y racionalizador del onganato en cuyo marco se habían consolidado tanto los combativos como los participacionistas. Ya ante una vuelta de las semidemocracias del juego imposible (1955-1966) y más ante una verdadera salida política, la tendencia que renacía con fuerza era el dialoguismo, núcleo mayoritario del sindicalismo. Ello mostraba que, si por un lado, desde el golpe de 1966 para los combativos “el caso para la lucha armada se volvió mucho más persuasivo” (Gillespie, 1989: 68), por otro lado, el participacionismo se relacionaba con la falta de canales democráticos de expresión de las demandas, que consolidaban maneras “extra institucionales” de hacer política (Cavarozzi, 2002: 12) y con ellas a los factores de poder⁶⁰.

En el horizonte de una salida política, y el resurgimiento de la CGT peronista, quedaron al margen las experiencias participacionistas y combativas. Los primeros se reintegraron al dialoguismo sin dificultades; como sus compromisos fueron mayormente con Onganía y sus funcionarios, una vez ido estos muchos manifestaron sentirse con menores ataduras para dejar la cercanía que habían cultivado junto aquél sector del ejército. Ante la remoción de Onganía no organizaron el 8 de junio de 1970 ninguna jornada como la que casi 25 años atrás había impedido el alejamiento de un sector del gobierno en pos de otro y logrado la liberación de su líder. La rápida frustración del proyecto del 66 (por las movilizaciones encabezadas por el heterogéneo arco opositor) realineó a los actores políticos en las grandes identidades previas. Estas volvieron a colocarse a la espera de una nueva salida política y su recomposición imposibilitó la formación de una nueva identidad política que los militares pretendían

⁶⁰ El concepto “factores de poder” incluía a las Fuerzas Armadas, la Iglesia, los empresarios y los sindicalistas, actores sociales y políticos fundamentales en las “circunstancias anómalas” surgidas de un “sistema de restricciones electorales” (Halperín Donghi, 2006: 43 y 76-77).

superadora de las antiguas divisiones, pero también imposibilitó la hegemonización de la nueva oposición que se había unido para luchar contra el proyecto militar.

Bibliografía

Fuentes primarias

- *Confirmado*
- *Primera Plana*
- *Clarín*
- *Documentación e Información Laboral (DIL)*. Informes mensuales
- *La Razón*
- *Periscopio*

Fuentes secundarias

- Abraham, Tomás (1995), *Historias de la Argentina deseada*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Cavarozzi, Marcelo (1984), *Sindicatos y política en Argentina*, Buenos Aires, Cedes.
- Cavarozzi, Marcelo (2002), *Autoritarismo y democracia*, Buenos Aires, Eudeba.
- Ducatenzeiler, G. (1980), *Syndicats et politique en Argentine, 1955-1973* (Montreal: P.U.M.).
- Gillespie, Richard (1989), *J. W. Cooke. El peronismo alternativo*, Buenos Aires, Cántaro.
- Godio Julio (2000), *Historia del movimiento obrero argentino 1870-2000, Tomo II, La época de hegemonía del sindicalismo peronista (1943-2000)*, Buenos Aires, Corregidor.
- Halperin Donghi, Tulio (2006), *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel.
- McGuire, James W. (2004), “Perón y los sindicatos: la lucha por el liderazgo peronista”, en Amaral, Samuel y Ben Plotkin, Mariano (comps.), *Perón: Del exilio al poder*, Buenos Aires, EDUNTREF.
- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos (2006), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

- O'Donnell, Guillermo A. (1982), *1966-1973 El estado burocrático autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- Perón, Juan Domingo (1974), *Manual de Doctrina Nacional*, Buenos Aires, Pleamar.
- Rotondaro, Rubén (1971), *Realidad y cambio en el sindicalismo*, Buenos Aires, Pleamar.
- Senén González, Santiago (1971), *El sindicalismo después de Perón*, Buenos Aires, Galerna.
- Senén González, Santiago, (1974) *Breve historia del sindicalismo argentino, 1857-1974*, Buenos Aires, Alzamor.
- Zorrilla, Rubén H. (1974), *Estructura y dinámica del sindicalismo argentino*, Buenos Aires, La Pléyade.
- Zorrilla, Rubén (1988), *El liderazgo sindical argentino*, Buenos Aires, Hyspamérica.